

Sólo al filo de la muerte, en otro carnaval, el hombre había de develar el enigma propuesto por el viejo titiritero aquella noche de copas y confidencias en la única taberna del lugar. Esto último no debe malentenderse: “la única taberna” era el nombre de uno de los cientos de bares que se habían establecido en ese lugar. Ni más chico ni más grande; ni más característico ni menos pintoresco. Por el contrario, era un bar más. De hecho, el último censo, efectuado hacía no más de un año, informaba que “el lugar” constaba con 365 bares, todos muy similares entre sí, casi idénticos se diría, de no tener en cuenta las coordenadas geográficas de cada uno. “Uno por cada día del año” publicitaba con orgullo el municipio, a los presuntos turistas que muy de vez en cuando se acercaban. Cosa que sucedía, por lo general, para carnaval. Miles de enmascarados recorrían las calles del pequeño –pero muy afamado– lugar, mojándose, riéndose, asustándose y persiguiéndose en una locura musical de bombitas amarillas. Una máscara disfrazada de dominó era perseguida por un pequeñísimo diablo –que podía ser un chico o un enano. Éste la alcanzó, la arrinconó con su tridente de fantasía y le tocó una teta. La máscara disfrazada de dominó sacó de su escote un enorme tuvo de espuma artificial y lo descargó casi por completo sobre su cara. El diablillo no pudo más que cerrar los ojos y exclamar con una voz, más de enano que de niño: «¡ay! ¡ay! ¡ay!... ¡oy!» Aturdido, sin ver nada, trató de limpiarse los ojos con las manos, olvidando que sostenía el tridente con la izquierda –por lo visto, era un enano zurdo. Seguramente provenía de los alrededores del lugar, en donde se había asentado una colonia de enanos –zurdos casi todos–, que pretendían fundar una utopía diminuta, alejada de las burlas y miradas discriminatorias que sufrían en la capital. El peso que cargaban sobre sus pequeñísimos hombros –el ser enano o el de ser zurdo, dependiendo el caso– los había vuelto a todos gigantescos diablillos libidinosos, atentos a toda teta que se les cruzara por delante. Las mujeres del lugar, estoicas como eran, los toleraban e incluso festejaban sus fechorías. Y, por supuesto, la paciencia aumentaba durante carnaval. El enano se picó los ojos con su propio tridente de fantasía y estalló en alaridos agudos y entrecortados. Adolorido y ciego, empezó a tantear el aire en busca de unos buenos senos de los cuales aferrarse. La máscara disfrazada de dominó aprovechó para escapar bailando sonriente y festejando su triunfo.

El hombre, había llegado al lugar desconociendo absolutamente estas circunstancias. En verdad, nadie que llegara a aquel lugar podía siquiera imaginar que se encontraran en semejante festejo. En efecto, era julio, pleno invierno en esa región del mapa, y, si bien las guías turísticas se cuidaban de comentar “el maravilloso carnaval” que se celebraba año tras

año, olvidaban aclarar –tal vez en forma de broma silenciosa, tal vez por desconocimiento– el carácter invernal de tal la festividad. El hombre atribuyó los disturbios y el bullicio a su pésima memoria, defecto que había descubierto desde su más temprana edad: no podía recordar el orden de los meses y, a menudo, el año en el que se encontraba. Esto último fue lo que le pasó. Se decía a sí mismo: «Se trata seguramente de los típicos festejos del mundial del fútbol ¿Cómo he podido olvidarlo? ¿Habremos ganado?». Sus reflexiones se volvían más extravagantes aún si se consideraba que él, además del año, olvidaba los meses. Poco antes, convencido de encontrarse en febrero, se había asombrado por el frío absurdo que sentía y se había reprochado el no haber empacado una práctica campera o un abrigado sobretodo. Finalmente, perdido entre sus pensamientos, ambas proposiciones –aunque erróneas las dos–, lo condujeron a un encuentro directo e inefable con la verdad: «¡Ah! ¡Pero qué tonto soy! ¡Si estamos en carnava!». En ese instante, una alegría lo abrazó por completo. A la vez, una cadena imparables de recuerdos comenzaron a suscitarse uno tras otro desde su infancia: los carnavales a los que había concurrido de niño con su padre; una mascarita de la que, en su adolescencia, quedó profunda y eternamente enamorado; cierto enfrentamiento con otras banditas de adolescentes. Para algunas cosas, su memoria era infalible, implacable. Era como un receptáculo inmenso en el que se alojaban todo lo sentido y lo pensado. Le bastaba con evocar el nombre de una vieja canción, escuchada en un tiempo remoto, para que toda ella apareciera en su mente y, así, regocijarse como si la estuviera oyendo en ese mismo momento y por primera vez. Incluso, de a ratos, olvidaba que tenía una pésima memoria y se decía: «¡Qué afortunado soy de tener tan buena memoria!». Y si no la tenía, ¿qué más daba? Sus recuerdos eran como perlas que se unían en el collar de su propio ser; sus olvidos, las mejores oportunidades de ser feliz. Y él, con extremada destreza, unía y desunía en su mente las imágenes, los olores, los sonidos y todas las demás afecciones del alma para lograr una plácida y –¿por qué no?– hermosa existencia. Y vaya que lo lograba. O, por lo menos, así lo había hecho hasta ese entonces, hasta llegar a “el lugar”...

De un bolsillo de su breto sacó un papel doblado en cuatro que contenía el siguiente mensaje: “Dirigirse a la taberna del lugar”. Su misión, si bien, dada su condición, no podía recordarla del todo, debía comenzar allí. Interrogó a los lugareños por la dirección de la taberna y, sin más, se encaminó hacia ella. Tuvo que recorrer varias cuadras bajo el persistente sol de la siesta. El calor húmedo, tan característico del lugar, mencionado al pasar en las guías turísticas, lo obligaba a detenerse cada pocos pasos. Se secaba el sudor de la

frente con un pañuelo y reanudaba la marcha. Se podía decir que el ambiente estaba “cargado”. Pero... ¿cargado de qué? Por lo general, la frase se usaba en una reunión o fiesta en la que hubiera cierta tensión entre los invitados. La tensión podía deberse a circunstancias políticas, unas veces; ideológicas, otras; conflictos de pareja, la gran mayoría. Pero siempre era necesaria la participación de dos o más sujetos que se hicieran cargo de “cargar el ambiente”. Sin embargo, se encontraba solo, caminando, sofocado, hacia la única taberna del lugar. Aunque... ¿estaba solo? No, no lo estaba; y el principal indicio era precisamente ése: el ambiente estaba cargado, demasiado cargado. Desechó por inverosímil la idea de que esa sensación fuera producto de su imaginación. No era una persona imaginativa, y lo sabía muy bien. Con los años, había aprendido a conocer sus limitaciones y vivir en paz con ellas. Siempre se las había rebuscado para suplir con ingenio su falta de imaginación, porque, es bien sabido, que imaginación e ingenio son dos cosas muy distintas. Con mucho de la segunda y poco de la primera, había logrado estudiar bellas artes durante algunos años, había sorteado varios salones literarios sin pasar gran vergüenza y hasta se había recibido de clown en una de las principales escuelas de la capital —arte con el que se sentía muy a gusto. Esta vez no había dudas: a su paso, los bares se cerraban uno a uno; uno, dos, tres, cuatro; personajes indescifrables entraban en las casas y cerraban bruscamente sus puertas; desde las ventanas, las cortinas intentaban esconder los ojos de los chicos que no podían reprimir su curiosidad. Las mujeres adultas evitaban mirarlo como si, a través de su imagen, pudiera contagiarles algún tipo de mal indecible que las dejara infecundas, cuando no lo eran ya. Recordó que una vez se había sentido de la misma manera: en una de las peores épocas de su vida, sin trabajo ni amigos, lo había atacado con una fuerza paralizante la creencia de que su imagen era la causa de todo el mal de las personas que lo rodeaban. Ese pensamiento persistió inmovible, hasta llevarlo a encerrarse en una austera pieza de pensión durante un tiempo prolongado. No le pasaría de nuevo, se había jurado y perjurado; sacó fuerzas de donde no las tenía, redobló la marcha y, en pocos minutos, llegó a la taberna.

Una vez frente a la puerta, a pesar de que ningún letrero o inscripción lo indicara, no tuvo dudas de que se trataba de la taberna del lugar. Además, era la única puerta que había quedado abierta en varias cuadras a la redonda. “A la redonda” tiene que leerse como una metáfora, una manera de decir: el lugar estaba dispuesto en forma de perfecto «damero», de ocho por ocho. Para un demiurgo que se encontrara sentado en cualquiera de las nubes que se estaban formando, le hubiese bastado con pintar de negro una manzana sí y otra no, para

jugar un partido de ajedrez contra el destino, por dar un ejemplo. Justo en el momento en el que el hombre se disponía a entrar al bar, estalló una feroz tormenta. Veloces vientos enfrentados construían y destruían remolinos a su alrededor. Los árboles oscilaban confundidos sin llegar a quebrarse, aunque algunos sí lo hacían y con una violencia estrepitosa. Las nubes se cerraban en una oscurísima noche propia de un film de terror. La lluvia era inminente y, como todo lo inminente en algún momento deja de serlo, llovió. Mil, dos mil, tres mil, cuatro mil. Gotas del tamaño de un insecto grande –o de un animal pequeño, como se prefiera– golpeaban con fuerza todo lo que se interpusiera en su trayecto gravitatorio. En un intento imposible por defenderse de esta furia que la naturaleza había desatado, el hombre se levantó el cuello de su sobretodo. De pronto, descubrió que él mismo era un campo gravitacional al que las gotas se pegaban por una atracción irresistible; y él no podía resistir mucho tiempo más bajo semejante aguacero. Las opciones eran pocas, por no decir una sola: entrar a la taberna. Y así, moviéndose con una dificultad asombrosa, entró.

La taberna estaba atiborrada de gente que, como él, se resguardaban de aquel apocalipsis transitorio. La multitud confirmaba el carácter único de aquella taberna, pues todos se refugiaban allí. Los lugareños lo ignoraron; o hacían “como si”. En efecto, al no mirarlo, al no hablarle, al no llevarle el apunte, sólo ponían en evidencia lo evidente: era un extraño; un forastero en el sentido tradicional del término. En ese exacto momento se percató de que él mismo había estado llevando casi teatralmente el personaje de forastero, por lo que sintió un poco de vergüenza. Se puso colorado. La barba algo crecida, la mirada perdida, la ropa sucia y mojada, el bolso cargado al hombro. Se hallaba enteramente ajeno a la situación y no había hecho nada para evitarlo. Pero ya era tarde, no podía echarse atrás. Abandonar la teatralidad de aquella escena sólo lo hubiese puesto en ridículo. Un ridículo que no estaba dispuesto a soportar. Ahora era cuestión de perseverar en ella –en la teatralidad– y extremarla; sobreactuar, sólo un poco, pero sin exagerar. Al fin de cuentas, nunca un actor había dado tan bien con el tipo de su personaje: él era un forastero, nadie podía negarlo. Y, por cierto, nadie lo negó.

Acodado sobre el mostrador, pudo reconocer al viejo titiritero. Era fácil distinguirlo: si bien el lugar estaba lleno de bares, lo habitaba un solo titiritero. ¿Para qué necesitaban otro? Era el único titiritero del lugar, y, a decir verdad, era bastante bueno. Es cierto que ya estaba algo pasado en edad pero, al fin y al cabo, no era un titiritero común y corriente: era

un «titiritero musical». Durante años había estado perfeccionando la técnica, “su” técnica. Ésta consistía en mover una serie de botones rectangulares a partir de unos hilos metálicos de diverso grosor. Con este movimiento –ejercido en una sincronización particular– lograba distintos sonidos que, en su conjunto, formaban una pieza musical, de gran belleza unas veces, de profundo contenido artístico otras. El ingenio del titiritero era tal que había logrado una inversión total del género. No movía los botones con los hilos sino al revés: eran los hilos metálicos los que se movían sutilmente –o mejor dicho, vibraban– con la presión de cada uno de los botones. El hombre se extrañó observar aquellos rectángulos. ¿Por qué unos eran blancos unos y otros negros? ¿Por qué había más de los primeros que de los segundos? La respuesta es simplísima, le dijo el titiritero: con los blancos, se fabrican los sonidos más armónicos, más coherentes y más agradables para el oído; mientras que con los negros, en cambio, sucedía algo muy particular: eran utilizados para producir «tensión». De la combinación que hacía el viejo entre unos y otros, surgían las melodías-títeres que manejaba el artista. El hombre admiró con fascinación el artefacto y pensó: «¡Qué gran idea! ¡¿Cómo no se me ocurrió a mí?!» El sistema parecía muy fácil, facilísimo. ¡Sólo había que apretar los botones! Precisamente, le explicó el viejo, su artefacto evitaba uno de los principales problemas del titiritero tradicional: el cuidado del pulso al manejar los hilos. Debido a su avanzada edad, las manos del viejo temblaban involuntariamente, por lo que había tenido que inventar una técnica nueva. Pero... ¿no se requería ningún tipo de saber, ninguna habilidad para apretar cada uno de los botones en el momento adecuado? Para nada, respondió el viejo, todos los momentos eran adecuados, así como todos los botones (blancos o negros) producían un sonido (armónico o tenso). Alcanzaba con ir apretándolos uno tras otro; a veces de a dos, otras de a tres; apurándose, retrasándose, esperando... Eso sí, siempre guiándose por el azar y confiando en su propia suerte que, hasta el momento, había sido grandísima. Incluso, el no apretar ningún botón formaba parte de la misma teatralidad, como una «marioneta silenciosa».

Maravillado, el hombre le solicitó una demostración. Este pedido dio lugar a un largo discurso del viejo que, entre copas y confidencias, le planteó el siguiente enigma: “Existe sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo y trípedo, cuya voz es única. Sólo él cambia de naturaleza entre cuantos frecuentan la tierra, el cielo y el mar. Pero cuando en más pies anda apoyado, resulta más débil la movilidad de sus miembros”. Azorado por la pregunta, el hombre no supo qué hacer. ¿Qué le sucedería si respondía mal? O, lo que lo inquietaba aún

más, ¿y si respondía bien? Estaba asustado. De pronto, sin saberlo, se había convertido en un hermeneuta de su propio destino. Se encontraba acorralado por el enigma. ¿Ésa era su misión? En verdad no lo sabía. Mejor, se dijo, porque tal obligación lo habría ofuscado. De pronto se halló rodeado por todos los lugareños que ya no lo ignoraban más, sino que lo admiraban como a un héroe que hubiese venido a librarlos de todos sus pesares. En fin, el enigma estaba planteado y tenía que actuar con todo el ingenio que le fuera posible para sortear la situación. Pensó y pensó... Bípodo, cuadrúpedo, trípodo... Es bien conocido que las personas de menor estatura suelen estar dotadas de un pene exagerado para su tamaño. El vulgo acostumbra a llamar “trípodes” a éstos. Sobre la voz, no cabían dudas, había escuchado los gritos entrecortados del diablillo y ciertamente eran únicos. Por supuesto que su movilidad era débil: cuánto más cortas son las patas, más lento se mueve un animal. La respuesta era obvia. Entonces, el hombre respiró profundo y gritó muy seguro de sí mismo: “¡El enano!”. En la taberna se produjo una obvación general: «¡Oh!». El hombre sonrió creyendo haber adivinado, pero en ese mismo instante, golpeando con fuerza las puertas, entró la máscara disfrazada de dominó. «¡Sálvese quien pueda! ¡La revolución de los enanos ha comenzado!», gritó desesperada. La locura estalló en el lugar, cada cual corría a ocultarse donde pudiese. El viejo titiritero se escondió abajo del piano. Los lugareños volcaban las mesas y se atrincheraban detrás de ellas. El hombre, confundido y sin saber qué hacer, se quedó parado en medio de los gritos y de las corridas. Alguien lo agarró del brazo y le pidió que lo siguiera. En medio de la confusión no pudo reconocer a la persona. Los enanos estaban atacando la taberna con todo su poder de fuego. En realidad, no era fuego sino agua: lazaban unos globos de tamaño mediano inflados con agua. Los enanos las llamaban “bombuchas”. El nombre hacía referencia a un campo semántico de índole sexual, que se condecía con el carácter libidinoso de estos personajillos. Las bombuchas golpeaban sin cesar sobre el edificio de la taberna. Éste amenazaba con derrumbarse frente a los húmedos embistes. El hombre pensó que, tal vez, la tormenta anterior había sido un augurio del desastre actual. El día de la batalla final por fin había llegado y los enanos estaban dispuestos a cobrárselas todas. Lograron entrar rompiendo la puerta con sus penes. Los lugareños aullaban de terror; las lugareñas aullaban por el asombro de ver semejantes miembros. El plan era obvio: los enanos pretendían preñar a todas las mujeres del lugar para perpetuar su stirpe y, cuando todos fueran enanos, ya nadie lo sería... Todo sucedía a una enorme velocidad. En eso, se dio cuenta que la persona que lo había sujetado fuertemente era la

máscara disfrazada de dominó. Se dejó llevar, entonces, por su actual salvadora. «Salgamos cuanto antes de acá», le dijo la mascarita, y escaparon por una puerta trasera. Una vez afuera de la taberna, ella se quitó el disfraz y le preguntó: «¿No te acordás de mí?» El hombre dudó por un momento y luego casi desfallece de la emoción: «¡Sos vos! ¡Te conocí en aquella noche de carnaval!». Era la mujer de la que estuvo enamorado desde siempre. Jamás pensó en volver a encontrarla y ahora, por magia de algún titiritero invisible, la tenía enfrente. «Sí, soy yo, bobito. Te estuve esperando toda la vida». Se miraron a los ojos. Se abrazaron y sentir todo amor que existía entre ellos desde hacía tanto tiempo. Se besaron. «Larguémonos de este lugar», le dijo el hombre. «Imposible», replicó la mujer. Primero tenemos que salvar a mi padre». «¿Quién es tu padre?». «¿Cómo? ¿No lo recordás? ¡Pero qué memoria la tuya! Es el viejo titiritero, el hombre que me acompañaba en el carnaval que nos conocimos». ¡Pero claro! ¡Lo había olvidado! En el aquel carnaval, el viejo no era viejo sino que era un apuesto señor mayor de modos refinados. El hombre lo había confundido con el acompañante de la mujer de sus sueños, por lo que había sentido cierto encono. El encono aumentó durante la noche por lo que, luego de beber varias copas, se había trezado en una pelea con una bandita enfrentada de la que recibió una fuerte paliza. Toda su vida se había construido a partir de un error, de un malentendido. Ahora todo se resignificaba. Sin perder un segundo más, volvió a entrar a la taberna. El caos era total. Tuvo que hacerse paso a los golpes para esquivar a los frenéticos lugareños que no paraban de llorar como niños. Penes enormes formaban una jungla de carne. Las mujeres gritaban de dolor, para luego aullar de placer al recibir el simiente de los virtuosos enanos. El titiritero estaba donde lo dejó: debajo del piano. «Vamos», le dijo el hombre. «No puedo moverme, soy muy viejo», declaró el titiritero. Sin dudar, lo levantó entre sus brazos y lo cargó hasta la puerta principal, mientras pateaba enanos que querían detenerlo para violar al viejo, al que seguro confundían con una mujer, dado su aspecto afeminado. Salieron. La mascarita lo esperaba con una furgoneta en marcha, decorada para transportar el pequeño circo de su padre. «¡Rápido! ¡Suban!», les gritó la muchacha. Así lo hicieron. Se sentaron en el asiento trasero; no sin dificultad, porque las bombuchas los seguían atacando. La furgoneta arrancó a toda velocidad por la calle principal. Se fueron alejando, en la noche, mientras escuchaban los orgasmos múltiples de las mujeres —y de algunos hombres también. Poco a poco, el sonido fue mermando hasta que se encontraron en un excelso y plácido silencio; las estrellas, la luna enorme y la ruta desierta. El viejo estaba recostado sobre los brazos del hombre, dormido. La muchacha lo observó por

el espejo retrovisor y le sonrió. Él, miró al titiritero con cariño y luego devolvió el gesto a la muchacha con una sonrisa leve. Estaban enamorados.